

## Capítulo XXXI.

Donde verán nuestros lectores que los indios, á pesar de lo ligero de su traje, tenían la manga ancha.

—¿Qué quieres, hija mia?—preguntó Caimara á Lianata.

La jóven india bajó los ojos al ver allí á su amante.

—Quibiam,—dijo el anciano á su huésped,—vuelve tranquilo á la morada de mi hijo, y que tu dios te proteja.

Quibiam dirigió una mirada á Lianata.

Esta le dijo en otra suya:

—Obedece á mi padre, que acaso tu obediencia redundará en nuestra felicidad.

Quibiam partió á reunirse con sus caciques, y con

ellos volvió adonde le esperaba su noble amigo el soberano de Ornofay.

Lianata y Caimara quedaron solos.

—Bien venida seas, encanto de mi vida; ¿qué objeto te trae tan afanosa al modesto retiro de tu anciano padre?

—Siempre habeis sido bueno para mí, y no quiero ocultaros los secretos de mi corazón.

—¿Sufres?

—No, padre mio, soy muy dichosa. Desde hace algun tiempo todo ha cambiado para mí, y no hay alegría que no acaricie mi corazón.

—¿Por ventura has sentido el amor en tu pecho?

—Sí, padre mio, ¿para qué ocultároslo? Desde que he sentido ese afecto dulcísimo en mi alma, hasta creo que es mayor el cariño que me inspira el noble anciano á quien debo el ser,—añadió Lianata, acariciando con las suyas las callosas manos de su padre.

—¿Y en quién has puesto los ojos, hija mia?

—¿Podeis dudarle un solo instante?

—¿Acaso es nuestro huésped?—preguntó el anciano con temor y ansiedad.

—Vos lo habeis dicho. Desde el momento en que sus ojos se han fijado en los míos, ha despertado el amor en mi pecho, y desde entonces vivo en los brazos de la dicha.

—¿Pero él te ama?

—Sí, me lo ha repetido muchas veces, me lo ha jurado; dice que soy su vida, y que sin mí no hay para él felicidad en la tierra.

El anciano miró con tristeza á Lianata.

—No lo dudeis,—añadió la jóven;—poseido de una profunda tristeza, no hallando en sus dominios nada que atenuase la angustia de su pecho, abandonó su hogar, rompió los lazos que le ligaban con los seres más queridos de su corazón, se entregó á merced de las olas en endebles barcos, sin rumbo fijo, y los vientos le condujeron á nuestras playas. Al llegar la tristeza se pintaba en su frente, sus ojos estaban apagados, la melancolía devoraba su espíritu; pero al verme, ¡ah! padre mio, al verme una luz abrasadora iluminó sus ojos. Su frente quedó serena... Mi presencia solo habia alejado para siempre las penas de su alma.

—¡Pobre hija mia!—dijo Caimara.

—¿Acaso sentís el afecto que me une á él?

—No.

—Y sin embargo, no participais de mi dicha.

—Quibiam es incapaz de fingir un sentimiento. Cuando te ha dicho que te ama, es por que siente el fuego del amor en su pecho. Pero Quibiam es rey de un país que se extiende muchas leguas á las orillas del mar. Ha querido defender á sus vasallos y engrandecerlos; pronto querrá volver á su patria, y tendrás que seguirle.

—Esos son sus deseos.

—¡Oh, hija mia! ¡Qué dolor para mí, si estando como estoy al borde de la tumba, tengo que separarme de lo que más amo en el mundo!

Lianata bajó los ojos y no pudo proferir una sola palabra.

Pronto reveló su rostro la tristeza que se apoderó de su alma.

Caimara lo adivinó, y acercándose á su hija:

—Cálmate, vida mia, cálmate,—exclamó;—no te exigiré el sacrificio de que renuncies á la felicidad por mí. Vé con él... Sólo un favor te exijo.

—¿Cuál, padre mio?

—Tú naciste bajo la protección de la luna, reina de la noche. Prométeme no embarcarte ni partir de las costas de Ornofay mientras el astro de la noche no ilumine con sus rayos las plateadas ondas del mar; tengo miedo de que los malos genios, aprovechándose de las tinieblas, echen á pique la canoa y te conduzcan á través de los mares.

—Yo os ofrezco no surcar nunca las movibles olas sino alumbrada por la dulce claridad de mi buena protectora.

Caimara no habia tenido tiempo de decir á Quibiam que el tzimes le habia revelado que Lianata pereceria en el mar en una noche en que la luna iluminase el cielo.

Quibiam volvió al dia siguiente á ver á Caimara.

Entonces le reveló el amor que sentia hácia Lianata.

El anciano bendijo aquel afecto, y la jóven india fué la segunda esposa del rey de Veragoa.

La revelacion del anciano habia despertado en su alma un ódio profundo hácia los extranjeros, porque atribuia á su influencia el fatal destino que aguardaba á Lianata.

La union de los dos esposos se celebró con grandes festejos, y como la luna se hallaba en su cuarto creciente, se dispuso que partieran á su pátria, aprovechando la proteccion del astro de la noche.

Lianata se despidió de su padre y de su hermano.

El anciano estaba seguro de que la veia por última vez.

Las canoas de los caciques de Quibiam surcaron las olas.

Lianata, muellemente recostada sobre las hojas de palma que habian colocado en la canoa de Quibiam, iba á su lado, mientras que algunas indias pulsaban la maricuba y entonaban armoniosos areitos.

Las canoas abandonaron las playas de Ornofay.

Lianata reclinó su cabeza sobre los hombros de su amante.

La luna besaba con uno de sus rayos la frente de la jóven.

Las canoas avanzaban rápidamente.

Diez noches con sus dias duró el viaje.

Al divisar desde lejos los habitantes de Veragoa las canoas de su gran cacique, corrieron alborozados á la playa.

Empezaban á temer por su vida.

Su contento no tuvo limites al ver que volvia con el rostro sereno, con la satisfaccion en la mirada.

—Alégrate, Irayba,—dijeron á la esposa de Quibiam,—nuestro rey torna; cánticos de alegría resuenan á lo lejos; corramos á recibirle, que vea que aún existe en nosotros el amor que le profesábamos.

Irayba cogió de la mano á sus dos hijos y partió con ellos á la playa.

Al llegar vió á su esposo, y en sus brazos á Lianata.

Si una flecha hubiera atravesado su corazon, no habria experimentado un dolor más agudo.

Los viajeros desembarcaron.

—Irayba, esposa mia, madre de mis hijos,—dijo á la reina,—recibe á Lianata como una hermana. Ella ha alejado la tristeza de mi alma; ella ha convertido en un eden los dias de mi vida que he pasado lejos de tí; ella compartirá contigo el amor de mi alma.

Una amarga sonrisa brilló en los lábios de Irayba.

Los celos devoraban su corazon.

Sin embargo, debia obediencia á su esposo, y estrechó en sus brazos á su rival.

A partir de aquel instante, sólo un sentimiento dominaba á Irayba: el de la venganza.

Irayba elogiaba ante Quibiam la belleza de Lianata.

Lianata ponderaba á su esposo las nobles prendas de Irayba.

No por eso abandonaba la madre de los hijos de Quibiam sus propósitos de vengarse de la rival que le había arrebatado la posesion completa del amor de su esposo.

Al poco tiempo de la llegada de Quibiam, los caribes de la isla de Boriquen, informados de que había abandonado sus dominios, habían salido en crecido número de su isla dispuestos á caer sobre Veragoa, á saquear á sus habitantes y á llevarlos esclavos en su compañía.

Las ligeras canoas de los caribes se divisaron á lo lejos, y Quibiam no tardó en saber sus intentos.

Abandonando las delicias del amor para cumplir los deberes de la guerra, reunió á sus vasallos en la costa, se despidió de su esposa y de sus hijos, y partió á luchar.

Los caciques desembarcaron.

No tardó en trabarse una gran batalla.

Los indios de Veragoa quedaron vencedores; pero Quibiam sufrió una herida con una flecha envenenada.

Conducido á la choza de uno de sus vasallos, fué asistido en ella; pero tardó muchos dias en volver á palacio.

Al llegar, Irayba y Lianata se amaban más que si fueran hermanas.

## Capítulo XXXII.

### La mujer y la madre.

Irayba reconcentró todo su amor en sus hijos.

La amarga sonrisa que brilló en sus lábios al saber que no era suyo todo el amor de Quibiam, fué en lo sucesivo la máscara con que cubrió la indignacion que se había apoderado de ella.

Aunque Lianata la buscaba y hacia todo lo posible para no robarla el afecto de Quibiam, Irayba huía de ella.

Temia que la bondad de la jóven india llegase á subyugarla.

Entre las dos se estableció, aparentemente en Irayba, y con sinceridad en Lianata, una lucha que tenia por objeto hacer una por otra los mayores sacrificios.

Una circunstancia habia apagado el odio en el corazon de Irayba.

Apenas partió Quibiam á la guerra, Irayba buscó á un indio, antiguo servidor de su padre y gran conocedor de las yerbas venenosas.

Le confesó sus penas, y le pidió un veneno que no dejase huella alguna.

El indio exigió algunos dias para fabricarle, y le indicó el sitio en donde podia hallarle, y el dia y la hora en que estaria dispuesto el veneno.

Ebria de gozo, corrió Irayba al sitio designado.

Su propósito era dar al dia siguiente en un manjar el tósigo á Lianata.

Dejó á sus hijos en la hamaca, en una choza formada por hojas secas de palma, unida á los troncos de dos árboles.

El cielo estaba oscuro.

Negras nubes se amontonaban sobre el palacio de Quibiam.

Al poco rato de abandonar su morada Irayba, estalló la tormenta.

El sonido del trueno retumbaba en el espacio.

Los relámpagos rasgaban de cuando en cuando el negro velo de la tempestad, y el igneo rayo se desprendia del seno de las nubes.

Una exhalacion cayó en uno de los árboles en donde estaba suspendida la hamaca de los hijos de Quibiam.

Las hojas de palma se incendiaron, y los pobres niños hubieran perecido si Lianata, comprendiendo

el peligro á que estaban expuestos, no se hubiera arrojado á las llamas á sacarlos de la hamaca y á conducirlos salvos á las cavernas que constituian el palacio de Quibiam.

La tempestad pasó, y cuando Irayba tornaba ébria de gozo, porque ya poseia el remedio de su mal, y supo el acto heróico que habia llevado á cabo Lianata, la madre dominó á la mujer.

Antes de penetrar en su morada se acercó á las orillas del rio Tebra, y arrojó el veneno al fondo de las aguas.

Corriendo despues adonde estaban sus hijos y Lianata, estrechó á aquellos en sus brazos, y cayendo á los piés de aquella mujer heróica:

—Desde hoy soy tu esclava; te debo la felicidad. Deseaba tu muerte; ahora quiero tu vida.

Tal fué la causa del lazo que estrechó sus dos almas.

Restablecido Quibiam, buscó reposo en las delicias del amor y trascurrieron algunos años, en los cuales Irayba y Lianata vivian dichosas á su lado, sin que nada amenguase el cariño que las dos se profesaban.

Un emisario llegó un dia.

—Quibiam, —dijo al rey de Veragoa, —el anciano Caimara, padre de nuestro rey, está enfermo. El sepulcro se abre á sus piés; sus cien caciques no se separan de su lado y aguardan á que muera para bajar con él á la tumba: tal vez la presencia de su hija Lianata podrá reanimarle.

Cuando llegó el emisario empezaba á anohecer.

Quibiam miró al cielo.

La luna despedía una dulcísima claridad.

—Lianata, tu padre quiere verte.

—Yo tambien deseo cerrar sus ojos y recibir su bendicion.

Inmediatamente llamó Quibiam á Unima, el más valiente de sus marinos, que era además cacique de Guaniguanito.

Al dia siguiente llegó el guerrero, y Quibiam mandó disponer sus canoas para que partiese Lianata á Ornofay acompañada por Unima.

—Te entrego mi más preciado tesoro,—dijo Quibiam al cacique de Guaniguanito.—Devuélmele pronto, porque se lleva mi alegría.

Lianata estrechó en sus brazos á Irayba, acarició á los hijos de Quibiam y se despidió del rey.

No bien habia partido, la tristeza se apoderó de nuevo del corazon del rey de Veragoa.

Todo cuanto hizo Irayba para consolar su afliccion, fué inútil.

Acaso presentia las amarguras que debia sufrir el resto de su vida.

### Capitulo XXXIII.

Odio á muerte.

Trascurrieron seis lunas, y Lianata no tornó. Todos los dias bajaba Quibiam desde la altura de Veragoa á la playa con la esperanza de ver llegar los esquifes que habian de devolverle á su amada.

La playa permanencia desierta. Las olas se agitaban en el mar, pero no impelian á embarcacion alguna.

Su murmullo al romperse en la arena aumentaba la melancolía de Quibiam.

¿Qué podia haber pasado?

Unima, su fiel Unima, tampoco habia vuelto. Desesperado, envió emisarios á Ornofay para que averiguasen el paradero de Lianata y de su servidor.

Tres lunas más pasaron, y al fin volvieron de Ornofay los vasallos de Quibiam.